

un hijo de Dios, con una misión muy personal, llamado a vivir en plenitud en una dimensión trascendente.

Es de agradecer la profunda antropología y ética cristiana que el autor nos ofrece en un tono muy alegre y positivo, ya que Cristo revela al hombre su propio ser –Cristo es la referencia primordial– y desde esa riqueza lanza hacia delante su vida profesional, familiar, social. Por ello, si hay quienes consideran que no se puede ser un empresario cristiano lo que resulta de la lectura de los textos es que no sólo es posible sino hasta apasionante.

Admira la agudeza y realismo del autor para ir al centro de las cuestiones, como es ayudarse de las virtudes humanas coronadas y potenciadas por las virtudes cristianas, entre ellas la Caridad cristiana que si bien presupone a la justicia va más allá de ella, ya que toda persona humana está llamada al amor que si se vive desde el plano sobrenatural fecunda admirablemente la inteligencia y la voluntad, llevando a la prudencia, a la justicia y a las demás virtudes humanas a su máximo rendimiento, para superar las tentaciones egoístas del directivo y ser capaz de respetar la profunda dignidad de las demás personas, para dialogar sincera y amistosamente con ellas, para darles lo que les corresponde, comprenderlos y ayudarles a desarrollarse integralmente y ofrecer generosamente su aporte personal con afán de servicio generoso.

De esta manera, en este marco del humanismo cristiano, se plantea el reto la santificación del trabajo, de los trabajadores y de los destinatarios de su trabajo, lo cual es un reto extraordinariamente importante en la vida empresarial y de gran necesidad para replantearse la dirección empresarial en los momentos actuales y para la posteridad.

Genara Castillo

Fernando Ocáriz, *Amar con Obras: a Dios y a los hombres*. Madrid, Palabra, 2015.

Esta recesión versa sobre la última publicación de Mons. Ocáriz, que es en realidad la reedición y actualización de un trabajo publicado hace muchos años, del cual hubo hasta cuatro ediciones.¹ El actual vicario auxiliar del Opus Dei y consultor de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la fe trata en estas líneas sobre cómo encarnar, en la actualidad, el *mandatum novum*: “Amarás al Señor con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el mayor y primer mandamiento. El segundo es este: amarás al prójimo como a ti mismo” (Jn. 13, 34). El libro está dividido en tres partes: la exposición del precepto en sí mismo, la descripción del amor a Dios y la del amor al prójimo. Al final hay un breve epílogo a modo de colofón del libro.

¹ Fernando OCÁRIZ, *Amar a Dios, amor a los hombres*. Palabra, Madrid, 1979.

En la primera parte se expone el doble precepto de la caridad. El fundamento es tanto el Amor de Dios y la respuesta al hombre, en un símil con el inicio del Catecismo de la Iglesia Católica. Es interesante ver cómo se entremezclan los *preambula fidei*, tanto científicos como filosóficos, con el *depositum fidei* en la descripción. Posteriormente analiza cómo este mensaje se enfrenta con las ideologías de la modernidad y postmodernidad, denunciando que el principal problema es la resistencia humana ante aquello que lo supera. Es esta impresión la que puede hacer surgir la errónea necesidad de adoptar el mensaje a los nuevos tiempos. Si esto es así, se pueden correr dos posibles riesgos. El primer es el rebajar el mensaje con miras a adaptarlo a las exigencias de estas corrientes. Por otro lado está el riesgo de perderse en las formas de transmitir el mensaje, vaciándolo de contenido. En ambos casos, no se transmite la Buena Nueva.

Para evitar esto, es importante recordar siempre cuál es la novedad de este mandamiento: el amor a los hombres y al mundo se fundamenta en el amor a Dios. En efecto, es la experiencia interior del hombre de ser amado por el Otro la gran novedad. En el Antiguo Testamento también estaba mandado amar al hombre y a Dios, pero esto su relación no estaba muy clara. Solamente esta experiencia es lo que nos lleva a salir de nosotros mismos en busca del prójimo y a no ver los mandamientos como algo impuesto desde fuera, como pudo interpretarse en la antigua ley. Esto es lo que permite destacar la trascendencia de la acción humana sobre la inmanencia, dado que a lo primero es lo que mueve el amor de Dios. Así, todo amor que no se sustenta en el amor divino, se convierte en egoísmo, porque su medida es puesta por el amor humano.

La segunda parte está dedicada al amor a Dios. Aquí se describe brevemente la importancia de considerar una correcta relación entre naturaleza, libertad y gracia. El pecado ha introducido un desorden, que con ayuda de las virtudes humanas y sobrenaturales puede ser superado. Si perdemos de vista esta lógica, existen dos peligros. El primero es la secularización de la caridad, que consistiría en la reducción de esta a la mera promoción humana, incluso a la limosna. El segundo es el subjetivismo, y con ello el relativismo, en la concepción y vivencia de la caridad.

Cuando el amor a Dios no se reduce a la lógica humana, lo primero que se descubre es que se puede amarlo ilimitadamente. Por ello, este amor a Dios puede demostrarse no solo de forma espiritual sino también con obras concretas. Estas obras se manifiestan en la vida personal como es el cumplimiento de la ley de Dios, el culto, la oración y la conversión personal. También en la vida social como la fraternidad y el servicio a la sociedad.

En la tercera parte se trata el amor a los hombres y al mundo. Es crucial aquí entender el ejemplo de Cristo, que amó in extremis. Así, es Él quien fija la medida de la caridad. Es este amor lo que permite reconocer la predilección divina propia en el prójimo. En esta parte también detalla las exigencias del amor al prójimo: como una vivencia ordenada de la caridad, la necesidad del

apostolado como comunicación de este amor divino, y la experiencia de una constante alegría y esperanza. Finalmente, el epílogo de esta obra, explica cómo la fidelidad es la mejor forma de realizar este *mandatum novum*. En efecto, no se necesita un nuevo o renovado cristianismo para vivir mejor la caridad, porque las exigencias de este amor son las mismas siempre.

Este libro no es un tratado teológico de la caridad. Es más un libro con reflexiones ordenadamente expuestas sobre este tema. Las ideas se exponen de forma muy sencilla para un público general. Además, puede ser una fuente de inspiración para poder concretar formas de vivir la caridad. Ayuda mucho que el autor relacione la Sagrada Escritura, la Tradición, el Magisterio de los papas (especialmente del Papa Francisco), y el mensaje de San Josemaría Escrivá.

Guillermo Chang Chuyes

Mario Arroyo Martínez Fabre, *Ciencia y Fe ¿Un equilibrio posible?* Lima, Fondo Editorial UCSS, 2015.

Un tópico bastante difundido sostiene la existencia de una oposición irreconciliable entre ciencia y fe, que vendrían a ser dos realidades antagónicas, en competencia por cautivar al espíritu humano. A ojos de muchos el avance de la ciencia corre parejo al declive de la religión en una relación directamente proporcional. El presente libro busca desmitificar tal supuesto y descubre su falsedad, ofreciendo unas herramientas básicas de interpretación que permiten reconocer la maravillosa armonía que puede existir entre ambos ámbitos del conocimiento, como consecuencia de fundarse los dos en la única verdad, a la cual se accede con métodos diferentes.

El autor busca el origen de la supuesta confrontación. Lo encuentra en el famoso “caso Galileo”. Ofrece un análisis histórico del proceso a Galileo, contextualizándolo y aprovechando para denunciar inexactitudes difundidas frecuentemente. Pero no se limita a ese momento del Renacimiento italiano.

El recorrido histórico que ofrece el texto es amplio, y muestra, por contraste, cómo en realidad la ciencia ha nacido y se ha desarrollado en un contexto cristiano. Los estudios historiográficos, así como los de filosofía de la ciencia no dejan espacio a las dudas: la cosmovisión cristiana del mundo, su confianza en su racionalidad, al ser obra de un Creador inteligente, el hecho de que el hombre tenga semejanza con su Creador precisamente en la posesión de una inteligencia, así como el haber recibido el encargo de transformar al mundo, permitieron que surgiera la ciencia moderna.

El autor hace un recorrido histórico, desde los inicios de la institución universitaria, tan importante para la acumulación y desarrollo del conocimiento en la humanidad, pasando después por un elenco, si no exhaustivo sí amplio de científicos cristianos, para mostrar con hechos fehacientes que no existe tal opo-